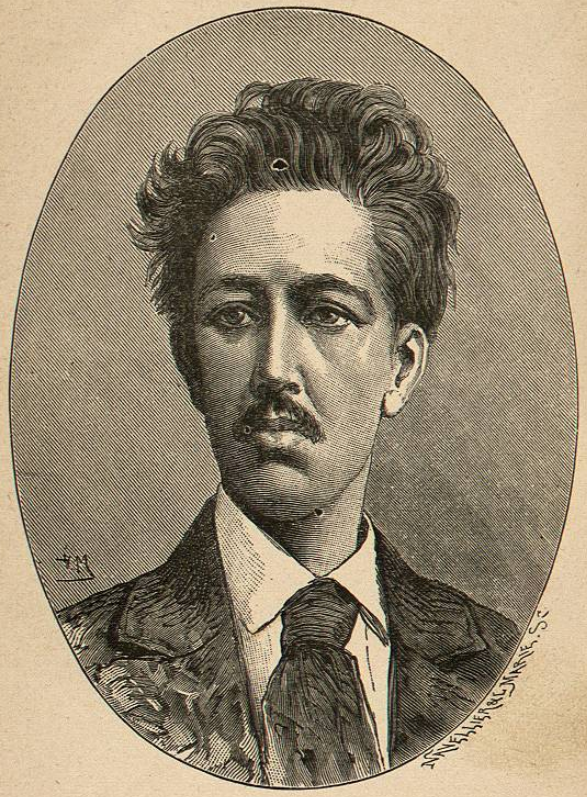

Man. Acuña

POESÍAS

DE

MANUEL ACUÑA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FERNANDO SOLDEVILLA

CUARTA EDICIÓN

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6 — CALLE DES SAINTS-PÈRES — 6

—

1890

M861.5
A189p
1Q-30-XI-78

PQ7297
.A37
A17
1890

FSRM
5940

MANUEL ACUÑA

Y

SU SIGNIFICACIÓN POÉTICA

Tarea enojosa, por lo difícil, es ésta que nos imponemos al querer formular en breves líneas un juicio exacto, siquiera sea ligero, acerca de la vida y de las poesías del inspirado vate mejicano, Manuel Acuña. Son tan extraordinarias y variadas sus condiciones, tan diferentes los prismas bajo los cuales puede estudiársele, tan múltiples las observaciones á que dan lugar sus escritos, sus dotes poéticas tan relevantes, sus pensamientos tan delicados y á la vez tan profundos, que se necesitaría un espacio infinitamente mayor que el de un sencillo artículo para estudiar su obra con la extensión y el detenimiento que por su valor merece.

Procuraremos, sin embargo, dar á este brevísimo trabajo la mayor claridad posible; haciendo constar primeramente que lo hacemos con satisfacción grandísima, tanto por contribuir en lo que esté de nuestra parte al mayor esplendor y brillo de la literatura mejicana, cuanto por

demostrar que, en los esplendorosos cielos del arte, desaparecen los apasionamientos y rivalidades de nacionalidad y de política, quedando sólo almas hermanas, espíritus gemelos, con los mismos sentimientos, iguales deseos, é idénticas aspiraciones; que no otra cosa significa este modesto homenaje tributado al inspirado poeta mejicano, por un hijo de aquella España, á la cual, Acuña en su acendrado y honroso patriotismo, miraba con prevención, y acaso con rencor.

Los tiempos de las discordias han pasado, y hoy sólo quedan pueblos que se aman, como no pueden menos de amarse aquellos á quienes vivifica una misma sangre y tienen un origen común.

Un corazón apasionado y entusiasta, una imaginación inspirada y ardiente, un entendimiento perspicuo y clarísimo; tales son los dones con que la naturaleza dotó al malogrado Acuña, dones que rarísima vez se adunan en un individuo, y que á decir verdad, no nos atrevemos á declarar si el que los reune, los posee para su felicidad ó para su desgracia.

Descendiente de una familia modesta nació Manuel Acuña en Saltillo, el 27 de Agosto de 1849. Sus padres, Dn Francisco Acuña y Da Refugio Narro, se encargaron de darle por sí mismos los conocimientos relativos á la instrucción primaria, inculcando en el corazón del joven alumno, tan predispuesto á los sentimientos dulces, aquel

cariño filial tan acendrado de que dió tan repetidas muestras durante su vida, y que le hace exclamar con ingenuidad y apasionamiento en una de sus poesías:

> *"Mi madre, la que vive todavía,*
> *Puesto que vivo yo."*

frase bellísima, que encierra todo un poema de abnegación y de cariño.

En 1865 se trasladó Acuña á la capital con el objeto de dedicarse á estudios superiores, ingresando el 66 en la Escuela de Medicina, donde puso de relieve su vehemente amor al estudio y su clara inteligencia, haciendo progresos rápidos y profundos en las diversas asignaturas de su profesión.

Mas no fué obstáculo este afán incansable que por adquirir conocimientos y profundizar las ciencias le dominaba, para que su exuberante fantasía se dirigiese también con alto vuelo al campo de la literatura y de la poesía; campo en el cual no tardó en cosechar gloriosos laureles, y en el que hubiera obtenido también ópimos frutos si una muerte aciaga y prematura no le hubiese arrebatado á sus amigos de quienes era encanto, y á su patria de la cual era, con justicia, orgullo y ornamento.

De una actividad incansable, al mismo tiempo que de una inventiva poderosa, infiltraba su espíritu y su aliento por todas partes, especialmente á la juventud que le rodeaba,

logrando fundar la sociedad literaria "Netzahualcoyolt" —en recuerdo del célebre sabio y poeta de Texcoco, en tiempo de la conquista,—sociedad que fué una verdadera academia en Méjico, y que ejerció en todo el país una justísima influencia literaria.

En esta sociedad empezó á dar á conocer sus poesías, siendo una de las primeras que por entonces vieron la luz, la dedicada á la instalación de la "Sociedad Filoiátrica", en cuya composición ya se mostraba Acuña el poeta valiente defensor de la civilización y del progreso, cuando dirigiéndose en enérgico apóstrofe á las sombras de Scipion Ciro, César y Alejandro, exclama con arrogancia:

Vuestros nombres sublimes
no hacen arder la sangre de mis venas;
yo canto á Atenas enseñando á Roma,
no canto á Roma conquistando á Atenas.

Varias poesías publicó sucesivamente por entonces el joven poeta, todas recibidas con júbilo y aplaudidas por sus compatriotas; pero llevado por sus alientos á luchar en esfera más amplia, para lo cual, con razón, se sentía con bríos, escribió su célebre drama, "El pasado" que tan gloriosa aureola había de reportarle. Pero entonces le ocurrió, lo que sucede á todos los autores noveles que no tienen un padrino poderoso que haga representar su obra, sea buena ó mala; tropezó con los actores, que después de tres

meses le devolvieron la obra sin leerla; y Acuña desalentado por tal decepción, no volvió á acordarse de ella hasta dos años después, en que Dª Pilar Belaval la estrenó para su beneficio el 9 de Mayo de 1872, obteniendo un éxito extraordinario, que se ha repetido posteriormente siempre que el drama ha sido puesto en escena.

Pero esta gloria puede decirse que fué tardía para el inspirado poeta. Uno de sus más ardientes anhelos, al ambicionar los aplausos y los laureles que sus compatriotas le prodigaron, era honrar y regocijar con ellos á sus padres, á los cuales profesaba un cariño sin límites; y cuando las coronas y las flores llegaron á premiar los desvelos y la inspiración del autor de El pasado, Acuña, acongojado y triste cubrió con ellas la sepultura de su padre, que algunos meses antes había dejado de existir.

Fué bajo la impresión de esta desgracia, cuando Acuña escribió su magnífica poesía titulada "Lágrimas", que es un modelo de ternura y de amor filial.

Nadie creía, sin embargo, que aquel jóven lleno de vida y esperanzas, cuyas poesías eran el encanto y la admiración de sus contemporáneos, había de tardar tan poco tiempo en seguir al sepulcro al autor de sus días. Así fué por desgracia. El 6 de Diciembre de 1873, día desde entonces nefasto para las letras mejicanas, el laureado poeta, que acababa entonces de terminar brillantemente el cuarto año de medicina, se dió la muerte, cubriendo de luto y de amargura

el corazón de su triste madre y de sus numerosos amigos.

¿Qué causa pudo impulsar al desdichado Acuña á llevar á cabo tan fatal resolución, cuando apenas á las puertas de la vida vislumbraba ya un porvenir de gloria y de esperanza? Fuesen cualesquiera los motivos determinantes de tan triste acontecimiento, para nosotros está fuera de duda que la principal causa fué, que en Acuña había dos seres distintos, dos principios antitéticos, que como los polos de una pila voltáica se repelían, y que habían, como en éstos, de determinar la explosión destructora de la existencia del poeta.

Acuña llevaba en su corazón y en su cerebro los dos capitales principios que libran sin tregua lucha terrible en las modernas sociedades. Idealista por temperamento, soñador, verdadero poeta, sus anhelos, sus aspiraciones, sus ansias, van siendo á poco minadas y destruídas por sus estudios materialistas, determinando en él esa serie de decepciones que le conducen como por la mano al borde del sepulcro.

Bien claramente manifestado está lo que decimos, en su bellísima composición, "Entonces y hoy". Es en la primera parte el pintor de la dicha y de la felicidad tranquila, como puede juzgarse por este trozo:

La madreselva alzando entre las rejas
su tallo trepador,
enlazaba sus ramas y sus hojas
en grata confusión,

formando un cortinaje, en el que había
por cada hoja una flor,
en cada flor una gotita de agua,
y en cada gota un sol.
. . . . . .

y luego termina diciendo, con la amargura propia del desdichado:

Bajo el cielo nublado de mi vida,
donde esa luz murió,
¿qué hará este mundo de los sueños míos?
Qué hará mi corazón?

El mismo contraste, el mismo progresivo desfallecimiento, la misma muerte de sus ilusiones, se advierte comparando sus dos poesías, "Esperanza" y "Nocturno".

Es en la primera el espíritu valiente que anima á su alma diciéndola, en una estrofa de primorosa sencillez y armonía:

Ya es hora de que altivas,
tus alas surquen el azul como antes;
ya es hora de que vivas,
ya es hora de que cantes;
ya es hora de que enciendas en el ara
la blanca luz de las antorchas muertas,
y de que abras tu templo á la que viene,
en nombre del amor, ante tus puertas.

Y en la segunda, resuelto ya á dejar la mortal envoltura que tanto cansaba á su elevado espíritu, exclama con

el ay doliente y la desesperación triste del cisne que agoniza:

¡Adiós por la vez última
amor de mis amores,!
la luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores,
mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

Esta poesía, bellísima por todo extremo, modelo de facilidad y de sentimiento, pone de manifiesto á más de las grandes dotes poéticas de Acuña, su sensibilidad exquisita, su corazón generoso, y sus nobles y honradas aspiraciones. No pueden leerse, sin que las lágrimas acudan á los ojos, estas dos estrofas, en que se ven á la par el talento y el corazón del desdichado Acuña:

Y luego, que ya estaba
concluido tu santuario;
Tu lámpara encendida,
tu velo en el altar,
El sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allá á lo lejos,
la puerta del hogar...

Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre
y amándonos los dos:

Tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de ir citando los bellísimos pensamientos, las descripciones hermosas, los rasgos brillantes que enriquecen como valiosas piedras la corona poética de Acuña: queremos dejar á los lectores el placer del hallazgo, pero no pasaremos en silencio su magnífica composición, "Ante un cadáver" que es sin disputa la mejor del libro. En ella se muestra Acuña, además de poeta original y dulcísimo, el hombre de las ideas modernas, de civilización y de progreso, aunque inficionado del materialismo; y también, como en otras poesías, el espíritu agobiado por la pena, para el cual el cuerpo no es mas que "la cárcel que retiene al alma en el dolor" y que parece que lleva consigo la nostalgia de la muerte.

No puede darse pensamiento más bonito ni más bien expresado, que el siguiente:

Y en medio de esos cambios interiores,
tu cráneo lleno de una nueva vida,
en vez de pensamientos dará flores,
en cuyo cáliz brillará escondida
la lágrima, tal vez con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida.

En resumen, Manuel Acuña, aparte de algunas ligeras incorrecciones que se notan en las poesías de su primera época, y aparte también de su injusticia y apasionamiento al hablar de D. José Zorrilla, cuyo genio todos debemos respetar, merece figurar en primera línea entre los poetas mejicanos. Causa admiración, á la par que amargura, el considerar lo que hubiera podido hacer durante una laboriosa vida, el que apenas entrado en ella ya se había conquistado merecidamente una corona de refulgente gloria.

La significación poética de Manuel Acuña es grandísima. Él representa mejor que nadie el renacimiento literario de Méjico después de la guerra de la intervención y del imperio.

Su actividad, su imaginación, su valer inmenso, influyeron muchísimo sobre aquella generación juvenil que había de ser la base de la regeneración literaria de su patria.

Las poesías de Acuña serán siempre leídas con admiración en todos los ámbitos de la tierra en que se hable la hermosa lengua castellana; y la memoria del inmortal poeta será eternamente una brillante estrella del pueblo mejicano, hijo predilecto del pueblo español.

FERNANDO SOLDEVILLA.

París, Setiembre de 1884.

Poesías de Manuel Acuña

Á LA
SOCIEDAD FILOIÁTRICA
EN SU INSTALACIÓN

¿Hasta cuándo llegará el día en que
se aprecie más al hombre que enseña
que al hombre que mata?

M. OCAMPO.

SOMBRAS gigantes de Scipión y Ciro,
De César y Alejandro,
No os alcéis de la tumba á mis acentos;
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,
Me espanta vuestra gloria resonando
Entre ayes de dolor y entre lamentos,
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
En la sangre crecidos